

Homenaje a Manuel Bustos y Vicario Baeza (SIN EDITAR)
SANTIAGO, 1 de Mayo de 2000

Quiero explicar las razones de por qué estoy aquí hoy. Personalmente, quise volver a esta casa de la Vicaría, a la cual recuerdo fui invitado por primera vez, no sé si a finales de los 70 ó comienzos del 80, cuando los trabajadores, y la Iglesia junto a ellos, buscaban comprender los cambios que estaban teniendo lugar en el mundo, en el mundo del trabajo, los cambios que estaban teniendo lugar en Chile y más allá de Chile.

Junto con entender esos cambios, cómo hacer para restablecer y reconstruir los vínculos de solidaridad y también resistir al autoritarismo imperante en esos años. Eran años de protesta, pero, más importante, de elaboración de propuestas para salir de un presente que se veía difícil.

Eran años de búsqueda de una convivencia democrática, éticamente fundada en las mejores tradiciones del movimiento obrero chileno y en la sólida tradición de un cristianismo con vocación de servicio a la plena humanización de los trabajadores.

En esos años -Monseñor- conocí esta casa. Tuve la oportunidad de valorar en toda su dimensión lo que era uno de los sueños más queridos de su antecesor, de don Raúl Silva Henríquez. Esta Vicaría nació como concreción de una honda certeza que poseía don Raúl Silva, "la Iglesia tiene su cuna en el duro mundo del trabajo", porque a ese mundo pertenece quien la fundó y quien la ha sostenido en el tiempo.

Se trataba de la misma certeza que años después Juan Pablo II, en su carta acerca del trabajo humano, expresa las palabras que aquí ha recordado José Aguilera, sobre la solidaridad con los hombres y mujeres de trabajo, en una causa en la cual la Iglesia está vivamente comprometida "porque la considera su misión, su servicio como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la Iglesia de los pobres".

Y por eso hoy aquí, como Presidente de Chile, quiero reconocer y agradecer públicamente este servicio y esta fidelidad de esos años. También hoy, porque hoy despedimos al padre Alfonso Baeza, Vicario de esta Pastoral Obrera desde su fundación el año 77, hasta ahora, un sacerdote ejemplar, un fiel colaborador del Cardenal y de quienes tras su retiro lo han sucedido en el Arzobispado de Santiago, que continuaron y continúan su sueño y su tarea. Al padre Alfonso le ha tocado conducir, junto a un grupo de hombres y mujeres de trabajo, la tarea de llevar a la práctica el sentir de la Iglesia, y quiero extender este homenaje a José Aguilera, Secretario General de esta Vicaría desde su creación, quien junto a Monseñor Baeza hicieron posible las metas y sueños de tantos que confiaron en esta institución. Para ambos, nuestro respeto y nuestro afecto.

Y también hoy, por cierto, 1º de mayo, quiero decir que éste es el primer 1º de mayo en muchos años sin Manuel. Bustos está hoy aquí, igual junto al Padre Baeza, junto a Aguilera, bajo este mismo techo Manuel trabajó sin descanso en reconstruir el movimiento obrero en Chile, tras esa noche larga del autoritarismo. Lo siguió haciendo con la misma fe y esperanza una vez que recuperamos la democracia. La figura de Bustos surge como el principal líder del sindicalismo chileno -qué duda cabe- en las últimas décadas, y el primer presidente de la Central Unitaria que sigue a la histórica CUT de los años 50.

La figura de él se agiganta en el tiempo y merece el reconocimiento público que se le tributa a los grandes constructores que tuvo la recuperación democrática de nuestra Patria.

Manuel Bustos y la Vicaría Pastoral Obrera son historias que se encuentran y se entrelazan profundamente. Están unidas. Es difícil entender la figura de Bustos sin la existencia de lo que se hizo aquí, en esta casa. Aquí, la pluralidad de los dirigentes sindicales de los más diversos orígenes políticos, ideológicos y religiosos pudieron ponerse de acuerdo, actuar con fuerza, con disciplina, saber reconocer los nuevos tiempos y aceptar los sacrificios, esperas que imponía el inicio de nuestro tránsito a la democracia tan complejo y tan difícil.

Entenderlo fue en gran medida el espíritu que se produjo en esta Vicaría, a través de la semilla de muchos, también por cierto de Alfonso Baeza, José Aguilera y todos los que trabajaron en aquellos años. Algunos que están aquí, que después devinieron en ministros. Si bien en aquellos años, claro, llegaban acá sólo con chaleco.

La memoria puede ser frágil, pero no es posible olvidar los cientos de jornadas, seminarios, almuerzos, reuniones privadas, toda clase de eventos y conmemoraciones que permitieron construir consensos básicos, aprender a respetarse y reconocerse, aceptar la diversidad de criterios y vivir el pluralismo democrático no como una limitación, sino como una fuerza impulsora de las transformaciones y movilizaciones que se requerían para luchar y recuperar la democracia.

Manuel Bustos se convirtió, junto a Alfonso y a Pepe, en amigos que compartieron sueños e ideales. Son un ejemplo que espero perdure y que el pueblo chileno no olvide. Si Manuel fue y permanece como un gran luchador de la democracia chilena, creo que no podemos olvidar a los que crearon las condiciones para que Manuel se desarrollara y creciera en fuerza espiritual, conocimientos y sabiduría.

En cierto modo, hoy día al rendir un homenaje a Manuel estamos también rindiendo un homenaje a quienes hicieron posible la existencia de una institución como esta Vicaría, que en buena medida fue esencial en el duro período de los años 70 y 80.

El camino ha sido largo y nada mejor que un 1° de mayo para hacer memoria y agradecer este servicio fecundo y gratuito de esta Vicaría y de la Iglesia.

Quiero hoy subrayar con ustedes tres aspectos que me parecen importantes. En primer lugar, esta Vicaría Pastoral Obrera fue siempre un espacio abierto, plural y respetuoso de las diferencias. Los trabajadores la han podido sentir siempre como algo propio, como su casa, donde se han podido expresar sin miedos y con franqueza. Sin buscar protagonismos estériles, esta Vicaría ha prestado durante todos estos años un servicio muy valioso para la rearticulación del movimiento sindical chileno. Cuando se escriba la historia del siglo XX, esta Vicaría va a ser central para explicar cómo el movimiento sindical se rearticula tras el período autoritario. A través de encuentros y estudios, los trabajadores se fueron reencontrando entre sí y con su propia historia.

Recuerdo que durante casi una década la celebración del 1° de mayo sólo se pudo hacer en este espacio, un espacio donde la memoria, la solidaridad y la esperanza fueron posibles cuando muchos pensaban que era posible erradicarlas. Y cuando las

condiciones y la propia madurez del movimiento sindical así lo permitieron, la Vicaría de nuevo entendió su rol, apoyó sin condiciones y sin reserva la autonomía del movimiento sindical y continuó sirviendo en la medida que ello fuera necesario.

Por eso me parece importante reconocer una enseñanza que tiene un tremendo contenido moral: la gratuidad del servicio prestado, el respeto ineludible a los trabajadores y a sus organizaciones, a sus propios ritmos e intereses, a la pluralidad de sensibilidades y de corrientes ideológicas que lo nutren, sin voluntad de dominio ni de proselitismos fáciles. Es la primera enseñanza que deja la Vicaría.

La segunda tiene que ver con que ellos fueron durante estos años una verdadera escuela de ciudadanía. Aquí las personas han tenido derecho a la palabra, más aún, cuando los trabajadores fueron despojados de ella aquí pudieron reencontrar sus voces y tomar la palabra. En este sentido, esta Vicaría no fue sólo la voz de los sin voz, sino que ha ido más allá y ha ayudado a que los trabajadores tengan su propia voz, a que los trabajadores se reencuentren con su palabra y la digan sin temor, a que los trabajadores alcen su palabra.

Lo otro es el sentido de la inmensa tarea educativa que aquí se desarrolló a través de la jornada de la pastoral obrera, de las escuelas de verano -en las cuales me tocó participar en más de una ocasión- y de la multiplicidad de cursos de formación y de capacitación en las diversas zonas de Santiago y a lo largo del país.

Rescato de todo este trabajo el servicio a Chile que aquí se hizo en la formación de hombres y mujeres, sujetos de su propio destino, capaces de hacerse cargo de su vida, de sus dolores, de sus esperanzas, de sus organizaciones y de su futuro. Aquí reconozco, en esta tarea, un inmenso impulso ético de servicio a la democracia, a los ciudadanos que queremos seguir construyendo. Cuando hablamos de una sociedad de ciudadanos, esos ciudadanos deben saber formarse y esta Vicaría fue escuela de ciudadanos.

En tercer lugar, y lo que me parece tal vez más trascendente que lo anterior, es que esta Vicaría ha sabido permanentemente conjugar -durante todos estos años- el trabajo paciente y fiel en lo pequeño, con la tarea simultánea de tejer redes y abrir horizontes en lo grande. Cómo se hace la pequeña tarea de apoyo en un curso de capacitación para un grupo reducido de dirigentes, pero al mismo tiempo, cómo somos capaces de pensar y abrir horizontes en las grandes líneas del movimiento sindical chileno. Cómo somos capaces de conjugar la tarea tan modesta que parece, en la reunión que se hace en esta casa tan modesta pero tan calurosa en afecto, y la posibilidad desde allí, desde esa modestia, pensar en un rol distinto para el movimiento sindical.

Desde Santiago se ha impulsado un trabajo muy dinámico en diversas regiones del país y desde la experiencia de esta casa han fructificado otras experiencias semejantes en diversos países de América Latina. Si la Pastoral Obrera es hoy día una realidad a nivel latinoamericano, es gracias al paciente trabajo de articular lo local y lo global, lo micro y lo macro.

Rescato de esta experiencia la sabiduría de mirar más allá de nuestras fronteras, la capacidad de adelantarse a los procesos de integración desde el mundo del trabajo, a través del paciente trabajo de construcción de redes que apuntan a un futuro que nos es común como latinoamericanos.

Pero en este rescatar el trabajo pequeño, inmediato y el trabajo a lo grande, es tal vez donde mejor entronca con lo que significó Manuel Bustos como dirigente sindical. Porque Manuel -qué duda cabe- fue un líder de los trabajadores, fue un hombre que encarnó la esperanza del movimiento sindical, pero junto a ello tuvo la capacidad de mirar más allá de los intereses de los trabajadores, entendiendo que llega un momento en que los intereses de los trabajadores se confunden con los intereses de Chile, del país en su conjunto, porque no es posible entender el desarrollo de los intereses de los trabajadores única y exclusivamente como defensa de intereses corporativos, cuando no se plasman con los intereses de los que están más allá de los trabajadores, que forman parte de Chile, y que un movimiento sindical fuerte y poderoso es esencial para construir un país con otros y no sólo a partir de la experiencia exclusiva del mundo sindical y del mundo de los trabajadores.

Por eso, si Manuel Bustos fue importante en la época del autoritarismo, cuando había que luchar para recuperar la democracia, quisiera rescatar esta mañana que Manuel Bustos fue tal vez mucho más trascendente en el momento de la democracia recuperada, cuando comprende que el rol del movimiento sindical es generar un espacio de diálogo y concertación con el mundo del trabajo, del empresariado y del gobierno, para poder todos juntos pensar a Chile como una unidad y no como un campo de lucha de unos a otros.

Hay que tener coraje, a veces, para entender que el movimiento que se representa tiene que generar un espacio de participación a aquellos que el movimiento no representa, pero cuya voz es indispensable para, entre todos, construir un camino de un Chile que mira con unidad al futuro.

Es allí donde Manuel Bustos fue capaz de conjugar -lo que a veces es tan difícil en todos los mundos, no sólo en el mundo sindical- el interés del mundo del trabajo que él representó con el interés del mundo superior de Chile que él encarnó.

Es aquí donde me parece entonces que esta capacidad de conjugar el mundo más inmediato de los intereses con el mundo superior de un país y cómo hacer para que algunos entiendan que el interés corporativo de cada uno sólo se defiende a plenitud cuando definimos un tipo de sociedad y un tipo de país donde todos los intereses están representados, donde todos los intereses se alzan con la misma fuerza y con la misma convicción.

Por eso me parece también tan importante, y desde esta Vicaría decir, que el esfuerzo que aquí se ha hecho para tener un movimiento sindical fuerte, potente, es una contribución a tener un Chile más democrático. No hay democracias sólidas y estables si no hay un movimiento sindical con fuerza y con expresión, al igual como tiene que haberlo en el mundo de la empresa.

Por ello es que al rendir un homenaje a Manuel Bustos estamos rindiendo y haciendo justicia a uno de los grandes que hemos conocido en estos años, pero también a través de él y con su ejemplo estamos queriendo hacer un llamado a un movimiento sindical para que busque la unidad y la fuerza, y para que entienda también que los intereses del mundo del trabajo -que el movimiento sindical debe defender- deben conjugarse con los intereses superiores del país.

Por todo eso estamos aquí esta mañana en esta casa, que nos pareció que era el lugar adecuado para hacer el homenaje a Manuel Bustos y también para agradecer, como Presidente, lo que le debemos a esta casa y a esta Iglesia.

Por eso me alegro que nos acompañe esta mañana el Arzobispo de Santiago, que sucede en el Arzobispado a otros antes que él y que tuvieron esa tremenda visión de entender que el rol permanente de la Iglesia es acoger a todos los hijos de Chile, como la Iglesia nos acogió en momentos tan difíciles. Como país podemos estar orgullosos y agradecidos de estar aquí.

Alfonso Baeza, el padre Baeza, deja la dirección de esta Vicaría para asumir nuevas responsabilidades pastorales, y estoy seguro que la memoria aquí guardada no se perderá, sino que al contrario, ante los nuevos desafíos que enfrenta el movimiento de los trabajadores estos van a saber que siempre van a poder seguir contando con la fidelidad de esta Iglesia que reconoce al mundo del trabajo, la propia cuna de esta Iglesia.

Por tanto bien que aquí se ha realizado, por el testimonio encarnado de los valores morales más queridos, por el servicio riguroso y gratuito a una patria de ciudadanas y ciudadanos plenos, en nombre del Estado de Chile quiero darle las gracias, una vez más, a esta Vicaría y, como Presidente quiero, a través de su viuda y de sus hijos, rendir un homenaje a Manuel Bustos en éste, el primer aniversario que lo tenemos presente en el alma de todos nosotros. Muchas gracias.